

# **¿ES NECESARIO QUE EL BURRO SEA GRANDE?**

## **Reflexiones sobre lo grande y lo pequeño, la grandeza y la pequeñez**

Francisco García Martínez

### **I. ¿A qué llamamos “grande”?**

Llamamos grande a lo que ocupa mucho espacio y, por tanto, se hace notorio a la vista. Interrumpe la mirada, la absorbe, la abarca, la domina; y, con ella, a todo nuestro ser.

Esta grandeza puede ser física o simbólica. La grandeza simbólica es la que posee una realidad cuando aparece de continuo no solo con presencia física, sino con referencias múltiples en el ámbito de la vida o en su imaginario. Es decir, algo que se convierte en un referente ineludible al que queda supeditado toda otra realidad.

Lo grande siempre nos da la sensación de más existente, de que posee una existencia por sí, ya que lo que es más pequeño apenas si se deja notar. Lo grande aparece ante nosotros con más fuerza de existencia porque tiene apariencia de permanente, de fijo, de indestructible, de forma que no podría ser anulado o anonadado por nada. Como cuando comparamos una montaña con un montículo.

Esta es la razón de que busquemos las cosas grandes, sea física o simbólicamente, porque a su lado nuestra vida parece más segura, más consistente, más real, y de que busquemos la misma grandeza, que es la forma simbólica de lo grande. Es aquí donde creo que surge el refrán que

hemos tomado como título de nuestras reflexiones: “El burro grande, ande o no ande”. Ahora bien, ¿no dice otro refrán: “el buen perfume se vende en frascos pequeños”? En cualquier caso, el perfume es siempre grande en la perspectiva que hemos adoptado, porque se afirma en un espacio dominado por su presencia o por la de aquel que lo porta. El perfume es entonces una táctica sutil de la grandeza, ya que el que lo porta pretende mostrar su presencia, atraer la atención, delicada, pero de forma eficaz. Por eso, cuando este último refrán habla de pequeñez, habla de grandeza, aunque de forma escondida.

## **II. Pero, ¿lo grande es tan grande como aparenta?**

El dramaturgo George Bertrand Shaw afirmaba que “la grandeza es solo una sensación de la pequeñez”.

Fijémonos, si miramos a través de un telescopio podemos comprobar la infinitud inabarcable de lo que nos rodea, una infinitud que lo ocupa todo. Frente a ella, todo lo que de cerca parece grande se torna pequeño, se manifiesta en su verdadera dimensión. Lo sabíamos antes de asomarnos al universo, cuando vemos reducirse el tamaño de los que se separan de nosotros en una calle. Incluso los que parecían tener una presencia imponente frente a la cual uno mismo parece desaparecer, se van haciendo pequeños en un espacio que termina por tragárselos. Puede darse, entonces, al tomar conciencia de esta situación nuestra, una especie de vértigo cósmico y personal al sentir que apenas somos algo más que nada: ¿Quién piensa en nosotros, por imponente que sea nuestra presencia, cuando hemos doblado la esquina?

Por otro lado, y en sentido inverso, si miramos por un microscopio, podemos ver que el mundo está habitado por infinitos mundos que en su pequeñez determinan esa exterioridad compacta que vemos en las cosas y en nosotros mismos. También aquí podemos sentir el vértigo de estar habitados por mundos indominables que en su apariencia diminuta nos dicen que dominan nuestra aparente grandeza: ¿no es este el vértigo que sentimos cuando nos enfrentamos a lo que dice el resultado de los análisis médicos?

Esta pequeñez inescapable es innata en todo lo real, y la grandeza con la que a veces se viste queda finalmente anulada por la muerte que

acaba con toda presencia y relevancia. Quien mejor ha expresado esto es el autor del libro del Eclesiástico cuando afirma al comenzar su libro: “¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!”, sin que esto suponga para él el desprecio por la vida, sino la medida con la que discernir los pequeños gozos de la misma.

### **III. La grandeza, la angustia y la vanidad**

Así pues, no hay grandeza que valga. Lo grande es una adjetivación que damos a una realidad por la que nos sentimos fascinados porque se nos impone como más robusta, más firme, más consistente, con más dominio de sí de lo que nosotros mismos parecemos tener o quisiéramos tener.

Sin embargo, la aparente grandeza de las cosas o de las personas a las que así nos referimos no es más que un eco de nuestra pequeñez acobardada y no tanto de su grandeza, porque frente a ellas aparecemos o nos sentimos de una talla menor. Pensemos, por ejemplo, en las grandes montañas. Al contemplarlas no solo las vemos a ellas, sino en algún sentido nos vemos también a nosotros mismos en una pequeñez abrumada, desvalida por su volumen y aparente consistencia. O frente a algún sabio de este mundo que nos hace percibir nuestro pobre conocimiento de la realidad.

Pero, ¿no es el tamaño de las montañas o el conocimiento del mundo siempre pequeño en comparación con lo que es el universo entero? O, ¿qué es la imponente del sol (100 veces más grande que la tierra), frente a la inmensidad inabarcable de la vida láctea, que es, a su vez, solo una entre más de un billón, con b, de galaxias que forman el universo?

No es raro que la pequeñez de la vida nos provoque angustia al hacer nos sentir que es una manifestación de la falta de valor y consistencia de la misma que queremos ocultar con mil y una tretas. Esta sensación olvida, sin embargo, que cada realidad tiene su momento y su forma y que es su tiempo y la realización de su forma lo que le da valor y no otra cosa. Así pues, la angustia es el resultado de no saber vivir el gozo inscrito en el propio ser, en la propia pequeñez, en el propio tiempo y espacio de la vida. Así pues, la angustia es el resultado de no saber vivir el gozo inscrito en el propio ser, en la propia pequeñez, en el propio tiempo y espacio de la vida.

Una de las respuestas erradas a esta angustia, es la búsqueda de grandezas artificiales. Es decir, el intento de revestir la pequeñez de una pre-

sencia que se imponga a la mirada de los otros. Las tácticas son múltiples y todos las conocemos porque las utilizamos a menudo.

La sociedad de consumo ha encontrado aquí la argolla para tenernos atados. Decía hace unas décadas el economista Ernst Friedrich Schumacher que nuestra sociedad está distorsionada por el culto al crecimiento económico (más, más, más...), como si el tener más ensanchara la vida. Su libro más famoso se titulaba, no sin razón, *Lo pequeño es hermoso*, y en él dejó constancia de la necesidad de crear una economía para la vida cotidiana, pequeña, concreta.

Nuestra sociedad, que parece haber perdido la idea de lo que hace verdaderamente grande la vida del hombre, ha tomado el camino de la megalomanía: “El burro grande, ande o no ande”. Basta mirar esa especie de competición social por tener los edificios más altos, los espacios más renombrados, el reconocimiento más especial... olvidando que la vida real está en otro sitio. Una referencia de esta tenencia en el nivel individual puede ser esta reflexión de la escritora Susana Martín Gijón que, en una reciente entrevista, respondía a la pregunta; ¿Qué está socialmente sobrevalorado?, diciendo: “Los excesos: de alcohol, de comida, de dinero, de ropa... No hace falta tanto”<sup>1</sup>.

Y, sin embargo, por más que nos vistamos de grandeza, no conseguimos arrancarnos de nuestra pequeñez. “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda”, y la pequeñez no puede ocultarse nunca artificialmente sin que se deje notar de un modo u otro. Nadie puede escapar de ella y, por tanto, hemos de encontrar una vía para vivirla en su verdad.

#### IV. El camino de la pequeñez

Blas Pascal en uno de sus múltiples aforismos afirmaba: La grandeza de un hombre consiste en reconocer su pequeñez”<sup>2</sup>. Si nos fijamos bien en el tenor de la frase, no dice *hacerse* pequeño sino *reconocerse* pequeño. Esto quiere decir que Pascal pensaba que el hombre cuando se

---

<sup>1</sup> Babelia, 7 de octubre de 2023.

<sup>2</sup> En una forma diferente afirmaba lo mismo el escritor Khalil Gibran: “La grandeza no consiste en una posición destacada, la grandeza pertenece al que rechaza esa posición”.

viste de grandeza no hace más que apartarse de sí mismo. Nosotros añadiríamos que, de esta forma, el hombre se hace más pequeño de lo que es. ¿Por qué?

El hombre que se intenta hacer grande, es decir, intenta atraer la mirada de su espacio circundante y dominarla se encierra en sí mismo y en lo que es solidificándose en una realidad, la suya, que se absolutiza. De esta manera, se cierra a un mundo siempre más ancho que le mantendría en continuo crecimiento con sus riquezas. Este es el sentido de la conocida máxima de Sócrates: “Solo sé que no sé nada”.

Al reconocerse pequeño, sin embargo, el ser humano se abre a la inmensa pluralidad y diferencia de la realidad que le rodea y que se le ofrece para que salga continuamente de la estrechez de sí mismo ensanchando su propio mundo. Por eso, el reconocimiento de la pequeñez coincide con una vida de asombro, de escucha y de acción de gracias. Violeta Parra, en su conocida canción *Gracias a la vida*, supo expresar esta idea de forma poética justo al cantar la grandeza de un mundo que se le da: “*que le ha dado tanto*”, repite de continuo enumerando todo lo que recibe, que culmina en la presencia del amado.

Así pues, la pequeñez, es decir, la descentración de la vida, de forma que quede en primer plano lo otro, lo diverso, lo nuevo, lo por venir... hace que la vida se acoja como una experiencia de gratitud comunal.

Por otra parte, como ha resaltado la obra de Francesco Piccolo *Momentos de inadvertida felicidad*, la vida está compuesta de pequeñas cosas que aparecen y desaparecen llamándonos a vivir un presente siempre vivo. Sergio Sancor, haciendo una reseña de esta especie de cuaderno de bitácora novelado, afirma: “Cada uno de nosotros guarda en su interior pequeños instantes, pequeños momentos que nos hacen la vida más sencilla, que no tienen explicación, pero que [...] nos dan la felicidad más pura, la más sincera, y por ello la más importante”<sup>3</sup>. ¿No está compuesta nuestra existencia, acaso, de pequeños momentos que han ido dando un color y un sabor especial a nuestra vida y a nuestra identidad? ¿No son los que la definen nuestra vida, como afirmaba Serrat en su canción *Aque-*

---

<sup>3</sup> Cf. <https://www.librosyliteratura.es/momentos-de-inadvertida-felicidad.html> (9.10.2023)

*llas Pequeñas Cosas?* Pero nosotros, sigue comentando Sergio, “nos empeñamos en buscarla en grandes proezas”; y, de esta manera, digo yo, nos perdemos la sustancia de la vida existente y viva, la real.

## V. El sacramento de la pequeñez

Ahora bien, ¿basta con entregarse a lo pequeño?, ¿no se diluirá entonces la vida en la insustancialidad de lo pasajero? Aquí, perdonen que venga la fe cristiana en mi ayuda. Esta fe propone comprender la pequeñez a partir de una vocación siempre inserta en ella. ¿No son acaso las semillas, tan pequeñas algunas de ellas, mensajeras fecundas de un futuro exuberante, “del treinta o del sesenta o del ciento por uno”? (Mc 4, 8). El futuro prometido por Dios invita a concebir la pequeñez como germen de posibilidades a las que se les promete un futuro de vida, siempre que no se ensimismen queriendo hacerse grandes: “¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra” (Mc 4,30-32).

Es entonces cuando la pequeñez cobra una densidad especial, porque se hace sacramento del mismo ser de Dios que, si habitualmente lo pensamos a lo grande, seguramente nos convendría mejor pensarlo en la pequeñez de su manifestación en Jesús, como afirma Pablo recogiendo un primitivo himno cristiano, en el que se dice que “siendo de condición divina, tomó la condición de esclavo... se humilló a sí mismo...” (Fil 2,6-8). Más claramente aún, y con una dulzura que conmueve, lo vemos en su pobre nacimiento (pequeño y pobre como el de todos) donde se entrega al mundo como un bebé necesitado de los cuidados de una madre, de un padre, de un mundo que acepta que le enseñe para luego poder salvarlo. Es san Francisco quien con más sabor popular expresó esta idea al convocar en el invierno de 1223 los habitantes de Greccio a adorar al Señor representando la forma concreta en la que nació: a las afueras, en una cueva, entre el heno de los animales. Christian Bobin en su obra *El Bajísimo*, en la que medita sobre la figura de san Francisco, comenta: “El Altísimo. Llamar así a Dios es olvidar la impaciencia de Cristo cuando aparta a los apóstoles que discuten [por quién es el más grande], para

dejar lugar a los niños [a esos que no pintan nada en esa sociedad: lo pequeño de lo pequeño]. Es olvidar que nada puede conocerse del Altísimo, sino por el Bajísimo, por ese Dios a la altura de la infancia, por ese Dios a ras de tierra en las primeras caídas, con la nariz en tierra”<sup>4</sup>.

Así pues, si finalmente queremos entender el valor último de la pequeñez, hemos de mirar al Dios cristiano, que empequeñeciéndose nos engrandece. Este Dios no se muestra como un poder grande que lo ocupa todo y que, como han afirmado algunos seguramente heridos por falsas predicaciones cristianas, anonada al ser humano con su sola presencia. ¡No! El Dios cristiano manifiesta su grandeza en la capacidad que posee para empequeñecerse y dialogar de tú a tú, y construir así un mundo dando lugar y participación hasta al último de los últimos, de forma que nadie vea su pequeñez como fuente de invalidez. Pero, estamos tan acostumbrados a que los que se creen grandes nos hagan sentir (a veces lo hagamos nosotros mismos) que somos inútiles porque no somos como ellos ni tenemos sus capacidades, que no terminamos de comprender.

El hombre se ha olvidado de la pequeñez como camino de vida y, ahora, ha de aprenderlo escarmentado del mundo que ha creado queriendo hacerse grande e imponerse sobre los otros. Y es el mismo Dios encarnado, el Bajísimo, el que le recuerda que es el camino de la pequeñez el que puede dar la vida concreta a su alegría. Y no es que Dios llame a la pequeñez, a hacerse pequeños, esto ya lo somos. Llama, más bien, a dejar de vestir la pequeñez de grandeza artificial, imponiendo a los demás nuestra propia pequeñez (“¿Veis los grandes de este mundo cómo oprimen? –dice Jesús–. No sea así entre vosotros: el que quiera ser grande que sea vuestro servidor” (Mt 20, 25-26); y vestir esta pequeñez de compañía, encuentro y servicio. Porque es la pequeñez compartida, hecha disponible, la que da grandeza al mundo, a uno mismo y a los otros en un mismo movimiento.

Lo pequeño, en esta perspectiva, no aparece como lo desechable. Al contrario, se ofrece como lo realmente deseable. Porque la pequeñez nos hace atentos, receptivos, concretos. Nos hace centrarnos en los *momentos de inadvertida felicidad* que se nos ofrecen a cada paso. Más aún, la pe-

---

<sup>4</sup> Ch. BOBIN, *El Bajísimo*, El Gallo de oro 2016, 43.

queñez termina por hacernos empáticos, y por eso vivificadores, y así finalmente realmente grandes.

Quizá, por eso, los pequeños y los que se reconocen pequeños en este camino de vida atenta y entregada, escondida, discreta, pueden reconocerse protegidos por la eternidad de Dios. Porque, como afirma Jesús: “¡Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños!, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18, 10).

He terminado con una amenaza de Jesús: “¡Cuidado con despreciar lo pequeño y a los pequeños!”, porque la felicidad de la vida depende de reconocer las amenazas que la acechan y evitarlas. Así pues, bienvenidos y bienaventurados los que escojamos la semilla de mostaza y no el burro grande.

*Francisco García Martínez*  
*Universidad Pontificia de Salamanca (España)*

